

# **Nota sobre el pensamiento literario. Breve acercamiento a la lectura de *El centro en lo múltiple*, de Antonio García Berrio<sup>1</sup>**

Felipe GONZÁLEZ ALCÁZAR

Universidad Complutense de Madrid  
claudiofelipegonzalez@filol.ucm.es

No sucede a menudo encontrar en el ámbito del pensamiento teórico-literario un conjunto de ensayos comparables en profundidad, rigor, extensión y originalidad con los de Antonio García Berrio. Los tres volúmenes que contienen *El centro en lo múltiple (Selección de ensayos)*, cerca de 2.300 densísimas páginas, compilan más de 40 años de dedicación al estudio sobre la literatura en particular y sobre la obra de arte en general, comprendidas ambas áreas del conocimiento como una unidad con un sentido último trascendente y perdurable. A lo largo de toda su labor profesional, desde su memoria de licenciatura de 1965 sobre la figura de don Juan en el post-romanticismo, el profesor García Berrio no se ha apartado de la máxima exigencia de ambición intelectual y productiva. Catedrático de Gramática General y Crítica Literaria desde 1968, su estancia como profesor en universidades españolas (Murcia, Málaga, Autónoma y Complutense, de Madrid) o extranjeras bajo todas las figuras posibles a partir de su doctorado boloñés (Bolonia, Limoges, Bielefeld, Ann Arbor, Harvard, París-Nanterre, Río de Janeiro...), así como en prestigiosas instituciones culturales (la Fundación Alexander von Humboldt, el *Collège de France*, la Fundación Juan March y actualmente la Fundación José Ortega y Gasset), continúa hoy día imprimiendo una indeleble huella intelectual en las sucesivas promociones de alumnos que han tenido la fortuna de asistir a sus clases, conferencias y seminarios.

La obra publicada del profesor García Berrio pertenece desde hace tiempo al espacio inamovible del magisterio con total merecimiento: desde la didáctica de manual, tan necesaria como infrecuente en sus logros -véase *Crítica literaria* (2004), coescrito con su esposa, Teresa Hernández, recientemente fallecida- hasta la exigente finalidad de proyectar y culminar una teoría literaria propia -véanse las dos ediciones de *Teoría de la Literatura* (1989 y 1994). Ya sea tanto en una treintena de libros como en fértil y copiosa abundancia de artículos, monografías, ponencias, catálogos de exposiciones pictóricas, homenajes... (sobre la cantidad de 170, si no más que se me escapen ahora), García Berrio ha trenzado un momento de esplendor en el ensayo filológico, esfuerzo sólo comparable al de grandes singularidades del pensamiento crí-

---

<sup>1</sup> Una versión de esta nota ha sido reelaborada como reseña para la revista *Lexis*, 34. 1 (2010), pp. 187-198.

tico-literario. En ellas vemos reflejado el paso de las corrientes más productivas junto a las más disolventes de las críticas literaria y estética de nuestra era, y, no en todas, el esfuerzo por restituir la perennidad del mensaje poético a modo de valor último insustituible de la experiencia artística.

Con los tres tomos de *El centro en lo múltiple*, la editorial Anthropos ha permitido dar configuración concreta y traza armónica a una especial trayectoria personal, ahora que se acerca el decisivo momento de su jubilación universitaria. Publicando conjuntamente, bajo el cuidado de Enrique Baena, profesor de la Universidad de Málaga, la inmensa mayoría de esos ensayos dispersos en acreditadas revistas de todo el mundo, a la par que sustanciosos y complementarios textos provenientes de varios de sus libros, y algunos relevantes inéditos, la obra de García Berrio adquiere un nuevo significado. Dispuesta y ordenada toda esta producción en conjunto, habiendo sido distribuida diacrónica y razonadamente a la vez, somos, sin discusión, conscientes del consumado esfuerzo y la voluntad sistematizadora de ideas; de un impulso vital, en suma, permanentemente orientado al conocimiento de los fundamentos de la expresión artística y literaria.

En los últimos veinte años del siglo pasado, con los precedentes que se quiera -el afamado ensayo de John Barth, *The Literature of Exhaustion* (1967), o el nuevo modelo difundido por William Spanos (1972) y continuado por Hassan y Lyotard-, hemos asistido a una profunda desestabilización del significado poético dentro de los estudios literarios. Asumidos en principio como evoluciones internas del Estructuralismo, las escuelas nihilistas y relativistas abocaron a estas milenarias disciplinas hacia una militancia enardecida, alejada de toda sistematización formal, en pugna, ya a su favor o en su contra. Lo más impredecible, la falta de seguridades comprensivas y valorativas, se instaló en el corazón de la reflexión estética. Si ya pertenecía a un tópico más complejo la afirmación de que la Literatura podía contenerlo todo, la posteoría extrajo la consecuencia radical de obligarnos a asumir la ambigüedad poética y su reflejo interpretativo bajo la excusa máxima de defender la imposibilidad, o cuanto menos improbabilidad, de toda validez hermenéutica. La indeclinable afición de la Literatura a cualesquiera lectores posibles, de cualquier época o condición social, política, sexual, etcétera, lejos de conducir a estas doctrinas hacia un modelo crítico integrador y universal, lo ha hecho hacia su pluralidad receptora, y de ahí, hacia un eclecticismo disolvente. El modelo semiótico-estructuralista dispuso las condiciones necesarias acomodando algunas atomizaciones funcionales en exceso rígidas bajo las conocidas pretensiones de una lingüística ordenancista sobre el modelo poético tradicional. Desde el giro lingüístico de Rorty al giro cultural de Jameson, la evolución de la teoría de la literatura ha estado indisociadamente unida a la del resto de ciencias humanas en todo el largo proceso de la Modernidad, pero nunca tan intensamente como al comenzar y acabar el siglo XX. El giro interpretativo de Gadamer ha parecido a muchos un solitario, aunque dignísimo, asidero ante el sobrecogedor temporal del relativismo plurisignificativo.

García Berrio, por su parte, ha interiorizado el formidable proceso de reorganizar el paradigma contemporáneo a fin de contribuir a superar los excesos postestructurales a la par que a evitar caer en el rigorismo dictatorial del inmanentismo. Impelido

por la necesidad, antes innecesaria, de justificar y defender la universalidad de la experiencia estética, el propósito de superar los embates del tentacular “pensamiento débil” en las manifestaciones artístico-poéticas sólo señala una parte del persistente basamento de toda una dedicación profesional. Podría haber sido suficiente escarbar en la tradición poético-retórica y traer de nuevo ante nuestros ojos los factores estabilizadores que han reutilizado con mayor o menor aprovechamiento y fortuna algunas corrientes semiológicas, sistémicas, neohistoricistas o la creciente intensificación de valores de lo canónico. Más aún, sus escritos podrían haber aprovechado los vientos a favor de un novísimo personalismo sobredimensionando el sustrato teórico sobre el literario: sabemos de excelentes críticos que han convencido a los especialistas más solventes mediante unívocas metateorías, consustanciales a la brillantez de sus análisis y conocimientos, que después apenas han aportado razones metodológicas extensibles a la comunidad científica. Los riesgos asumidos y la inagotable capacidad de relación de Derrida, la solidez inquisitiva de Paul De Man o el virtuosismo de amplia divulgación -escrito sin demérito alguno, todo lo contrario- de Steiner, ¿no concluyen muchas veces en una impostación del viejísimo argumento de autoridad?

Habiendo tomado posesión de su cátedra cuando en España la tradición filológica y los aportes de la Estilística hispana centran el modelo general de actuación de la crítica literaria, en las páginas de estos volúmenes se podrán inventariar los elementos que han naturalizado el progresivo nacimiento de una teoría de la literatura, a la par que muchos hitos previos de esta precisa construcción, que fueron coincidiendo con la transformación y modernización de los estudios literarios en España. Aún así y en su haber, la integridad de los estudios filológicos ha sido la premisa medular de la que partieron -y mantuvieron viva- aquellos que, como el autor de las páginas aquí glosadas, emprendieron ese trascendental recorrido del pensamiento literario español, hoy en pleno acomodo con los más avanzados.

El primer tomo, subtítulo *Las formas del contenido*, ocupa los veinte años primeros de actividad profesional. Partiendo de iniciales trabajos inmersos en la tradición histórico-literaria, la propuesta del profesor en su primera madurez se bifurca sobre dos vías de análisis: una sistematización descriptiva de la Poética histórica moderna por un lado y, por otro, una evaluación de los métodos formales. Al contribuir a delimitar los temas, tópicos y valores de la teoría literaria clasicista desde su recomposición en el Renacimiento y su evolución, de lo que son notorio ejemplo los dos documentadísimos volúmenes sobre *Formación de la Teoría Literaria moderna* (1978 y 1980), García Berrio se sitúa plenamente ante el propósito radical de toda su trayectoria profesional: la perdurabilidad de los mecanismos que explican, revelan y dan valor al objeto estético. La cesura, a menudo arteralmente señalada en detrimento de la Clasicidad, entre poéticas miméticas y poéticas imaginativo-fantásticas, propias de la contemporaneidad desde la era romántica en la quizás todavía vivamos estéticamente, supone sobre todo la transformación o actualización de un modelo formal. En ambos paradigmas, el autor ve justificada una concepción unitaria de la obra de arte, principio irrenunciable que engloba una visión integradora: poeticidad sobre literariedad, par que señala hacia la perdurabilidad del valor estético, inalterable, de la obra literaria en su conjunto. El grupo de escritos de estos años setenta y ochenta so-

bre los formalismos supone, además, en los estudios literarios, fructíferos ejemplos orientados hacia la modernización de los instrumentos de la crítica: allí se discute con plena vigencia del formalismo ruso (*Significación actual del formalismo ruso*, 1973) y de las poéticas lingüísticas como las tipologías textuales y la teoría del texto, o se propone una singular revisión de la retórica como ciencia de la expresividad (1984), en plena consonancia con los estudios neoretóricos.

Si en la Poética histórica declara García Berrio haber buscado el constituyente artístico del concepto de Forma, el hecho de afrontar los retos de los formalismos críticos, conducentes a fijar sus elementos de análisis sobre la expresividad artística, esto es, sobre la materialidad verbal -ya sea estilística, funcional o estructural- de la obra artística, le induce a conducirse «Más allá de los “ismos”» (1984). A modo de útillogo a una *Introducción a la crítica literaria actual*, se clausura el tomo I con la firme convicción de que la literatura supera y superará cualquier metodología crítica por muy ambiciosa que se pretenda y con la expectativa de proyectar el componente integrador de la fantasía como elemento vertebrador de un imaginario antropológico enmarcado en representaciones fantásticas.

*El contenido de las formas y Universalidad, singularización y Teoría de las artes*, lemas que engloban respectivamente los tomos II y III, transcurren paralelamente como dos vertientes hacia un mismo coronamiento y señala las perspectivas de futuro tal como acabamos de referir: el estudio de la fantasía en tanto motivadora de los constituyentes esenciales de la obra de arte. Señalando abiertamente los significativos hallazgos de la psicocrítica y la sociocrítica en sus distintas direcciones, García Berrio, impulsado en un primer momento por el deslumbramiento ante las posibilidades que ofrecía el extendido recurso de *l'imaginaire* en el mundo universitario francés de primeros de los ochenta, según ha referido él mismo en alguna ocasión, decide adentrarse en la búsqueda del fundamento antropológico de la Universalidad fantástica. El paso siguiente se abre hacia una fértil expectativa de trabajo: ahora será preciso invertir el movimiento para encontrar, no el eje vertebrador del cambio diacrónico, de evolución histórica, sino la permanencia, esto es, la proyección de la Forma sobre el Contenido en la obra de arte.

Por un lado, ahonda en las estructuras tipológicas de la literatura, en particular, sobre la lírica española del Siglo de Oro, cuyos elementos macroestructurales parecen señalarse hoy, tras el decaído auge de las poéticas textual-lingüísticas, a manera de elemento casi visual o descriptivo, bajo una naturaleza específicamente funcional y por ello casi secundaria o meramente automática en el proceso de la escritura. Sin embargo, el enorme esfuerzo de matizar la estructura de los textos bajo el componente semántico de sus esquemas temáticos ha tenido por consecuencia una renovadora apuesta por la constructividad, por la revalorización de elementos compositivos en el proceso de creación poética, que se aplican con toda naturalidad a la poesía contemporánea, menos cerrada aparentemente que la clasicista en torno a unas previsiones normativas sobre expectativas finales de casi obligado cumplimiento.

En segundo lugar, emprende simultáneamente la vía de la crítica artística, sobre todo pictórica: en principio, en tanto consecuencia natural del desarrollo del comparatismo tradicional entre arte y literatura, después, en cuanto parte integradora de la

consistencia de las formas en la creación artística. Incluidas sus tempranas aproximaciones a la obra de Brinkmann (1981), muchos de los ensayos compilados en el tomo III, dedicado fundamental y culminativamente al desarrollo la imaginación espacial artística, abundan en una profunda explicación del modelo de realización textual propia del arte visual: Saura, Chillida, Canogar, Kiefer, Galindo, Tàpies, Lüpertz..., transportan ante nuestros ojos, a través de la mediación del crítico, un bagaje de múltiples interconexiones, ya se trate de esquemas retóricos de la invención, de figuras en la abstracción, o de la doctrina poética en la pintura española del Siglo de Oro, junto a sagaces y oportunísimas averiguaciones sobre la espacialidad en *Don Quijote*. Firme en su propósito, García Berrio siempre ha considerado la obra de arte como un todo irrenunciable, lugar de reflexión y de conocimiento que aúna la experiencia humana en el centro de la variedad de los lenguajes artísticos, desde la pintura clásica española a los movimientos vanguardistas y las creaciones más aparentemente singulares, y por ello personalísimas, de nuestra época.

La tercera dirección que se abre ante esta, invocada por mí, nueva etapa de madurez doctrinal que abarca hasta nuestros días en los textos de *El centro en lo múltiple*, cerca aún de la primavera del pensamiento postmoderno, apunta más directamente que las anteriores hacia la construcción del significado poético, tal y como se subtítulan las dos ediciones de la culminativa *Teoría de la Literatura* (1989 y 1994). En su intento de sobrepasar aquellos “ismos” desintegradores, el estudio iluminador sobre la obra magna de uno de los poetas cenitales del 27, *La construcción imaginaria en Cántico de Jorge Guillén* (1985), consigue ampliar y extender el ámbito psicológico del poeta malagueño en este libro-río, estrechamente unido al imaginario personal hasta *con-fundirse* con él, desde la disposición lingüístico-formal hacia y sobre el contenido. Mediante la proyección de las estructuras que infieren un complejo psicológico que da consistencia a la forma interior de la obra artística y bajo especie de fórmula integradora que pretende desvelar las representaciones fantástico-imaginativas, se manifiesta una Antropología de la Imaginación. En esta profunda convicción descansa el contenido de los dos tomos que cierran la trilogía. La Poética del Imaginario, considerada desenlace común de la mitocrítica y de la psicocrítica, es renovada y ampliada -sobre todo con un singular dominio de la espacialidad literaria- para llegar a un profundo conocimiento de la imaginación como núcleo consistente de la obra de arte. Los universales espacio-temporales, comunes a toda experiencia, singularizan los modelos creativos de Guillén o de *Azorín*; así también de Cervantes, en la doctrina específicamente partitivo-estructural de las *Institutiones* de Quintiliano o en la raíz del componente simbólico que conduce al ser humano a dar sentido a una *forma interior*, insistente imperativo de sus más recientes publicaciones.

Tanto las dos ediciones de *Teoría de la Literatura* (1989 y 1994) como la monografía sobre Guillén toman cuerpo en la necesaria voluntad de anclar el conocimiento poético en bases sólidas y perdurables, en medio de los embates de las escuelas de la sospecha y del nihilismo. Y no denota asunto marginal o servidumbre de los tiempos que un extenso número de páginas de la *Teoría de la Literatura*, así como sustanciosos y militantes juicios de valor y opiniones en entrevistas o en escritos menos rígidamente académicos, tengan como propósito avisar contra las corrosivas conclusiones

de los, en principio, vivificadores movimientos de la posteoría. En este alborear del siglo XXI es fácil darse cuenta de la aparente inasibilidad del estudio sistemático de la literatura en pleno auge deconstructivista cuando, uno por uno, los principios perdurables de valoración y los códigos estrictamente internos de la misma habían sido deslabazados y después esparcidos con cierto desdén.

A lo largo de estos años el profesor García Berrio se ha postulado, significadamente, entre las voces intelectuales españolas de mayor constancia en el tiempo y rigor en el análisis, de todas -afortunadamente no fueron pocas- las que se han alzado contra la inasibilidad postmoderna; y no únicamente enfrentándose a la casi absoluta disolución de los valores estéticos sino proponiendo obligadas transformaciones en la crítica literaria y artística, al abrazar la ambiciosa finalidad de restaurar la validez universal del juicio crítico.

Una de las estrategias más sólidas para enfrentarse al indudable vitalismo y a la lábil movilidad de la postmodernidad, ha tenido reflejo en esta obra al conducir la solvencia de sus principios hacia la experiencia práctica de la crítica literaria: hemos apuntado antes sobre el componente artístico en la plasticidad pictórica pero más abiertamente podemos ahora incidir en los escritos dedicados a la poesía española contemporánea y en particular a los libros sobre Guillén -revisitado luego con frecuencia-, Claudio Rodríguez (*La creación poética de Claudio Rodríguez*, 1998) y Francisco Brines (*La poética sentimental de Francisco Brines*, 2002), tríada de monografías que constituyen una personalísima revitalización, incluso material e icónica, del género ensayístico en España. Paradigmas las tres de una vivencia de voluntades en la que, y yo soy testigo de la vertiente pública del último encuentro citado en un seminario en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, escritor y crítico dialogan y contrastan pareceres volcados sobre el texto, base necesaria de toda lectura crítica, y previa a su vez a toda teoría. Él mismo ha confesado la intensidad y el cariz intimista -a pesar, afirma el crítico, de la frecuente acusación sobre la "arrogancia teórica" vertida por algunos historiadores de la literatura- de este método, nacido de un inmenso respeto por los poetas, cuyas personalidades imprimieron un distintivo sello en cada una de estas "críticas convividas". El hábito de confrontar juicios y opiniones, por lo común con poetas y pintores, ha pervivido hasta hoy en la reciente serie de *ABCD las artes y las letras*, suplemento cultural de *ABC* en el que han encontrado hueco desde los consagrados Canogar, Bines o Guillermo Carnero hasta jóvenes artistas españoles becados en el extranjero.

Los estudios sobre Guillén, Rodríguez y Brines, junto a Wallace Stevens (*Mediaciones*, 2002), además de otros acercamientos a Lorca, Gil de Biedma, Valente, Cernuda..., no forman parte únicamente de un calculado y refinado gusto, al que casi todos podríamos adherirnos jugando con ventaja, sino a la confesada fascinación de García Berrio por adentrarse en los diversos caminos de la creación poética en la Modernidad, entendida como un espacio sin rupturas desde el Romanticismo. Orillados por las fronteras de esa *longue durée*, de cuya cadena de continuidades somos herederos, que ha enlazado las profundas raíces del Idealismo alemán con el irracionalismo, la deslectura crítica y, desde luego, la abstracción, aún hoy hay signos de esta pervivencia. Y los tres poetas españoles, enjuicia el filólogo en sus ensayos, personifican

los derroteros que toma la renovación artística moderna: la metafísica o racionalista que subyace en los esquemas geométricos de Valéry, Stevens o Guillén, la vía irracionalista de Baudelaire, Dylan Thomas, Aleixandre o Claudio Rodríguez, y la constante, “eterna, corriente lírico-sentimental”, presente en Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Cernuda o Brines.

La verdadera medida, pues, del alcance de los ensayos del profesor García Berrio colectados en *El centro en lo múltiple*, aun en sus vastísimos intereses y magnitudes, no creo que se circunscriba únicamente a la construcción y desarrollo de un modelo crítico y de una teoría literaria. Pienso con razonable seguridad que él mismo, si lee estas palabras, me dará la razón en este punto. Por muy determinante que nos parezca, nada de ello tendría excesiva importancia si no fuera porque todo este fluyente manantial de conocimientos, reflexiones y saberes filológicos, magistralmente conducidos, dimana de una verdadera pasión: el amor constante por la Literatura, fortalecido con el tiempo. Del interés radical por el ser y la naturaleza de la Literatura -“pasión sagrada”, según titula su colaboración en un congreso de Historia de las Religiones- proviene el afán por restaurar el estatuto científico de la Crítica literaria. Evidencia que se nos hace vivamente presente cuando al final del tomo II, con el mismo espíritu armonizador de balance y perspectiva que en el primero, se publica un inédito de 2005, «Modernidad Contemporánea», tan antidogmático y polémico como beligerante contra las pretensiones de gran parte de las ideologías dominantes en este período, sin olvidar las justas y razonables causas que motivaron el consabido enfrentamiento con las esclerotizadas “seguridades” estructuralistas. Ni los nihilismos, ni los juicios intencionales, ni las escuelas de la sospecha han sido capaces al fin de arrumbar la objetividad del juicio, siquiera como finalidad unificadora de las múltiples orientaciones que legítimamente -no nos cansaremos de dar la razón al catedrático cuando objeta contra la poca relación que la mayoría de aquellos ataques tenía que ver de verdad con la literatura- se han acercado a la obra de arte. Y no falta casi ninguna por ser descrita y analizada minuciosamente a lo largo de estos enciclopédicos ensayos recopilados en *El centro en lo múltiple*, poniendo extremo cuidado y suma atención para examinar y casi diseccionar los medios y fines más dispares de la teoría y de la crítica literarias en el momento culminante de sus sucesivas apariciones e hitos más señalados. Así, junto a los formalismos y la deconstrucción por entero, la nómina más significativa de críticos contemporáneos encuentran alojamiento y atención en estos ensayos: Eco, Bloom, Raimondi, Steiner, Fumaroli, junto a inspiradores magisterios de Baquero o Weinrich.

Como corolario imposible, dada la magnitud y variedad de esta obra, aún en progreso, los tres volúmenes de *El centro en lo múltiple* confirman, por si lo habíamos olvidado, la naturaleza ética de la misión del crítico, tarea constante que obliga a nuestra lectura a permanecer siempre atenta, y la marca con una fuerza modélica.

Siquiera por un momento, entre el rigor y el rigorismo, esta breve nota también puede ser el lugar adecuado para solidarizarse con la vertiente sensible e íntima de la persona que hay tras el profesor, el teórico de la literatura o, en definitiva, el crítico. Tanto el homenaje último a su maestro Baquero Goyanes como las lecciones de investidura de los doctorados *honoris causa* en Valladolid (2003) y Alicante (2006) son

la evidencia justificada de lo que acabo de expresar. De mayor calado y nacido de una sentimentalidad que el decoro no me permite calificar aquí, con el homenaje profesional y afectivo a su esposa, «Últimos escritos de Teresa» (2008), páginas, a no dardarlo, de profunda intensidad, culmina este singular itinerario todavía en plenitud creativa y presto a ser desbordado.

Desde las lides juveniles hasta las aportaciones más maduras y, no por ello, menos ilusionadas y vivificadoras, García Berrio ha asumido la carga autoimpuesta - cuando hubiera sido más confortable interpretar el mediático y exitoso papel de desintegrante divulgador- de no dar ni una palabra por satisfecha si no era con un exigente esfuerzo. A cambio, la Ciencia de la Literatura y la Estética se han enriquecido con un duradero e intenso pensamiento puesto por entero a su servicio. En la vorágine de unos tiempos desmesurados pero también volátiles, la lectura de *El centro en lo múltiple* tiene necesariamente que inducirnos a replantear el estatuto científico del pensamiento literario con unas bases más duraderas y sólidas, en el afán irrenunciable, como ha sido y es aún para Antonio García Berrio, de atender con generosidad hasta el más humilde rincón del espacio inabarcable, eterno, verdadero y sublime hogar del hombre, que es la Obra de Arte.

## BIBLIOGRAFÍA

GARCÍA BERRIO, Antonio: *El centro en lo múltiple (Selección de ensayos)*, edición y estudio introductorio, Enrique Baena. Vol. I, *Las formas del contenido (1965-1985)*, Barcelona, Anthropos, 2008, XLIX pp. y 684 pp. Vol. II, *El contenido de las formas (1985-2005)*, Barcelona, Anthropos, 2009, XX pp. y 793 pp. Vol. III, *Universalidad, singularización y Teoría de las artes*, Barcelona, Anthropos, 2009, XXIV pp. y 776 pp.